



# El Eco de Cartagena

Año XXXI

DECANATO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 8877

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 id.—La suscripción empieza a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.—En Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN CALLE MAYOR 21.

MIÉRCOLES 3 DE JUNIO DE 1891

## ALMANAQUE ILUSTRADO

DE

EL ECO DE CARTAGENA

para 1892.

Se admiten anuncios en la Administración de este diario.

## SERVICIOS MUNICIPALES

DE HIGIENE Y SALUBRIDAD.

III

El tercer punto que es objeto de estudio en el informe de la comisión técnica es el de las desinfecciones. Comienza por ensalzar el procedimiento de desinfección para evitar el contagio de las enfermedades enumerando las dos clases de elementos indispensables para realizar este medio higiénico; los agentes químicos, y el vapor de agua a la temperatura de 112 °. Entre los primeros aconseja el uso del hipoclorito de cal, ácidos nítrico y sulfúrico, sulfatos de cobre y de hierro, azufre, alcohol y disoluciones de bicloruro de mercurio y de ácido fénico, y para la desinfección por el calor la estufa propiedad del Municipio sistema Geneste.

El personal necesario para la práctica de este servicio, según la comisión, debe constar, además del director, de un auxiliar con título profesional, que puede ser un médico higienista, ó el auxiliar facultativo, para que vigile la práctica de la desinfección convenientemente. Dos mozos para el mecanismo de la operación y traslación de ropas a la estufa, que si son pocas serán llevadas en sacos de lona embreados y si fuesen muchas en un carro convenientemente dispuesto.

Se ocupa después en determinar la manera de efectuarse el servicio comenzando por la desinfección de la letrina, la limpieza personal, el lavado de muebles y el de las ha-

bitaciones, conducción de ropas a la estufa y devolución a la familia, indicando, por último la conveniencia de que se establezca un acuerdo, entre la Alcaldía y la Junta de gobierno del Hospital de Caridad a cuyo cargo corre el funcionamiento del aparato, a fin de que por ninguna causa, sufra demora servicio tan preferente.

Todo servicio nuevo, tropieza con grandes dificultades y el que nos ocupa, es completamente desconocido para la mayoría del vecindario y como toda medida sanitaria, es impopular; necesiándose para que el público se acostumbre y comprenda sus inmensas ventajas, una activa propaganda que patentice su eficacia indiscutible en la evitación del contagio. Los médicos de asistencia de las familias deben ser los más interesados en proparar las excelencias de este medio higiénico, para combatir la propagación de toda clase de enfermedades infecciosas ó contagiosas y en vez de ceder muchas veces a injustificadas exigencias contribuyendo a su ocultación, deben por el contrario a la vez que lleven la persuasión a los interesados, dar parte inmediatamente que un individuo se halle atacado de cualquiera de estas enfermedades, para que los encargados de este ramo pongan en práctica la salvadora medida higiénica que no causa molestia a los enfermos ni dispendios a las familias.

Cuando la enfermedad que produce el contagio es tan ejecutiva que visiblemente diezma una población, entonces esta medida sanitaria y cualquiera otra tiene general aceptación y muchas veces las medidas profilácticas que se disponen en momentos de confusión y de angustia resultan tan ineficaces para atajar los progresos del mal, como visibles científicamente apreciadas.

Las fumigaciones de las casas por el azufre ó ácido hiponítrico y

la desinfección del aire por medio de las hogueras, resultan costosas é ineficaces, pudiéndose tolerar únicamente como medio de levantar el decaído espíritu de los habitantes consternado ante la vista de numerosos cuadros de desolación y muerte.

En la última epidemia colérica cuando el Ayuntamiento no contaba con un medio físico tan poderoso como la estufa, se practicaron las desinfecciones por medio de los agentes químicos bajo la ilustrada dirección de un profesor de farmacia, creándose una brigada numerosa compuesta de pobres jornaleros, que sin este auxilio no les quedaba otro remedio que implorar la caridad pública.

Como es indudable que el fuego es el mejor de todos los destructores se usó y abusó durante la epidemia de 1885 de este medio, procediéndose a la cremación de muebles, ropas y demás enseres de la casa donde ocurría una defunción sin previo abono al pobre que además de perder a seres queridos se le desposeía de su modesto é irreparable ajuar. No hubiera bastado seguramente el dinero presupuestado en cuatro capítulos de calamidades por espacio de otros tantos años, para pagar lo que durante la epidemia colérica última destruyó el fuego.

Desde entonces se impuso la precisión de adquirir una estufa de desinfección y se acrecentó la necesidad en vista de los cuantiosos gastos que el Municipio tuvo que hacer el año último para indemnizar ó los propietarios a quienes hubo necesidad de quemarles sus mobiliarios por haberse dado en sus domicilios algunos casos sospechosos de enfermedad contagiosa.

Por fin ha llegado el momento de adquirir este magnífico aparato el cual hábilmente manejado, mata toda clase de gérmenes sin destruir ni desorganizar las ropas y para el lavado de muebles y habitaciones,

también ha adquirido un buen aparato pulverizador, que lleno de un líquido antiséptico satisface todas las necesidades y exigencias de la higiene en este ramo.

## VARIEDADES

### DE VIAGE.

I.

#### LA DESPEDIDA.

Allí se queda mi hogar y mis amores en él: ilusiones y cariños, penas, afanes y fé. En él, la hija más amada que pudo y puede nacer, en él, la mujer querida á mi siempre adicta y fiel; en él mi perro de caza, los libros en que estudié, mis pájaros y mis flores que constituyen mi edén, mis papeles y mi pluma mis recuerdos y mi ayer... me voy en pos del destino, no sabiendo á donde iré. Adios hogar y familia, adios hija, adios muger, adios, adios ¡ah! ¿quien sabe si á abrazaros volveré!

II.

#### LA MUJER DE LA BANDERA.

Ahí está la pobre anciana sosteniendo la bandera roja, que á impulsos del viento que el tren mismo mueve, ondea. Ahí está la pobre anciana sostenida en la cadena viendo pasar, como el rayo, el largo tren que nos lleva. Dentro de él van ilusiones que tristes pechos albergan, y otras, que, por el contrario, son alegres y risueñas. Van amores, van suspiros que en otro tiempo lanzó ella, y de los cuales despojos y recuerdos solo quedan. Y piensa entonces, confusa, y medio ahogada de pena,

que rápida como el tren pasó la vida para ella, pasó fugaz, en que solo cosechó miles de penas.

III

#### LA FONDA.

Para el tren veinte minutos y fonda! Hermosa palabra y como fieras hambrientas á saciar el hambre bajan, en confuso pelotón porción de distintas caras. El uno triste y marchito no osa pronunciar palabra; el otro alegre y risueño sin cesar con todos charla. Acá el tripudo delfín y la niña vivaracha; allá, el romántico pollo con la jamona pasada; más acá, medio dormido uno que dá cabezadas; más allá, un heliogábalo que no come, sino traga. Un viajero de primera de manos muy perfiladas; un inglés que vá en berlina con su gorro y su bufanda; una mujer de segunda de nariz torcida y rara y un pasante de tercera que lleva la faz untada Todos comen á porfía todos se miran y callan y á media comida suena la vocinglera campana y aquí de la confusión y estrépito y algazara. Uno se abraza la boca con tal de no dejar nada; otro que coje los postres abona el gasto y escapa; otro distraído que pilla el gabán del camarada y ya en la puerta empujones y codazos y pisadas y por fin uno que chillá en tierra, ya el tren en marcha y cual si pudiera oírle, ¡que pare, que pare! exclama.

IV

#### PERIPECIAS

Ya se distigue bien cerca

-200-

Hizo una ligera pausa, y fijando sus ojos tan magníficamente hermosos á pesar de las azuladas sombras que les rodeaban, y el velo de tristeza que los cubría, en Guillén, añadió con acento que á su pesar apagó la emoción que sentía:

—A él voy Guillén, y voy para toda la vida!

—Va usted á lo que le pertenece, contestó Guillén grave y serio; y lleno de satisfacción me apresuro á darle á V. la bienvenida.

Los párpados de Julieta velaron sus pupilas, subitamente brillantadas, y su mirada se clavó en sus manos, de nuevo cruzadas, y de nuevo temblorosas.

Su razón le había dicho que solo se entra allí donde no se está.

Guillén la contempló en silencio un brevisimo instante, y otro pensamiento muy ingrato paso por su mente.

—«¡Cruz y cruz!» se dijo con amargura; pero abracémonos con ella.

Cortando el silencio y su embarazo, Guillén resuelto y dueño de sí, se inclinó hacia Julieta y la dijo:

—Con anticipación, mil perdones hija mía,

-208-

Y se llevó la mano al pecho que se elevó con un suspiro.

—No Julieta, repuso Guillén disuadiéndola de su melancólica idea; se halla V.—y eso es lo cierto—débil, impresionada y triste, más a veinte años es tan rica, tan vigorosa la naturaleza, que de la mañana á la tarde recobra su frescura y lozanía. Todo es, añadió, salir de esta atmósfera viciada, respirar un ambiente más puro, vivir en la calma que el corazón apetece, y verá V. como se reanima al suave calor de un afecto cuyo lenguaje será los cuidados que V. merece y necesita.

—Muchas gracias Guillén, porque viene usted generosamente en mi auxilio, repuso Julieta con inexpresable dulzura, con inexpresable sentimiento. En mis pesares, que han sido muchos, le he pedido á Dios que me concediera lo que le da su Providencia divina á los pajarillos, un pequeño sitio en que guarecerme para poder lo mismo que ellos bajo su ala, esconder mi cabeza en mi pecho; y Dios como es tan bueno, me ha dado más que la rama donde pudiera posarme en paz y morir al amparo de sus hojas; me ha dado para refugio un poco de lugar en su corazón de V.

IV.

#### Resplandores.

Anuncióse Guillén á la puerta del gabinete de Julieta, y ésta se incorporó en el sillón para recibirle.

Desde el día en que dejaron de verse, los cabellos de Guillén habían emblanquecido, notablemente y Julieta había adelgazado hasta un asustador extremo; su blancura de azucena aparecía mayor realizada por su palidez y la palidez por el rigoroso y severo luto que vestía. Perdiáanse sus delicadas formas entre los hondos pliegues, de su traje y los anchos dobles del chal que la abrigaba, y sus pequeñas manos, de las cuales podían contarse todo